

# ¡Qué bonito preescolar! Sucesos

Marcela Escobar Muñoz  
Licenciada en Inglés – Español

Conceptos abordados: manipulación de objetos para la representación cognitiva, mapas cognitivos para un aprendizaje organizado, figura-fondo para construir una totalidad, principio de cierre, operaciones cognitivas, zdp y andamiaje atenuado, aprendizaje latente, cognición situada, nivel actual de desarrollo aprendizaje por descubrimiento, andamiaje trabajo en equipos cooperativos.

Samuel tiene seis años y es estudiante de preescolar. Es un niño alegre y dispuesto a jugar aprendiendo. Su juego favorito es cuando en la clase de inglés la maestra dice: “Ok, kids, we are going to play: pin the tail on the donkey!” Samuel dice que es muy bueno en esto, y por tal razón es el primer voluntario.

El burro tiene cabeza, largas orejas, dientes enormes, tronco y patas; cada parte de diferente textura y, por supuesto, con distinta forma. Con los ojos vendados y un par de vueltas, Samuel está listo para *ponerle la cola al burro*. Como se trata de niños de preescolar, la maestra permite que cada uno se tome su tiempo para que, mediante el tacto, distinga la ubicación de la cola del burro. Samuel se ha vuelto un experto en este juego gracias a la constante interacción con las partes del burro cada vez que sale como voluntario.

Al principio, Samuel piensa en seguir una secuencia con sus manos, de izquierda a derecha, por si el burro está mirando hacia ese lado, y viceversa. Otra idea que llega a su pensamiento es la de identificar, a través del tacto, la parte incompleta del cuerpo del burro, para así ubicar correctamente la cola. Después de dos intentos fallidos, el participante puede recibir la ayuda de sus compañeros, que le indicarán si está *cold* o *hot*, dependiendo de qué tan acertado o no esté en el juego.

Salomé tiene seis años también y estudia en el mismo curso de Samuel. Es una niña muy inteligente y aplicada. Su actividad favorita es *encuentra la figura correcta*. El juego consiste en que x objeto está dibujado en medio de elementos que pueden distraer la atención de los niños y, a su vez, los obliga a detenerse para identificar correctamente en dónde está el objeto real y no el que ellos imaginan. Salomé comparte su mayor experiencia con esta actividad en la que aparentemente veía un candelabro de color blanco sobre una superficie negra, pero inmediatamente hizo un análisis de ordenamiento e interpretación, notó que la figura correcta eran dos rostros que se miraban de frente y cuyas narices se unían en una sola imagen.

En el mismo salón estudia el mejor amigo de Salomé, un niño autista llamado Dylan. La maestra dice que es tan capaz como cualquier otro niño del curso; su autismo es de grado leve, sus compañeros entienden la situación y están siempre dispuestos a ayudarlo en su proceso de lenguaje. La maestra intenta siempre darle el debido tiempo a Dylan para que exprese por sí mismo lo que quiere. Por lo general, cuando Dylan alza su brazo para decir algo, ese algo es “Maestra...” o “Maestra, puedo...”, y deja expectante al resto de compañeros sobre lo que quiere decir.

En ocasiones como estas, surge la necesidad por parte de los otros niños de terminar la frase y esperar que sea lo que Dylan quiere decir. “Sí, Dylan, puedes hablar, ¡si es lo que quieres!”, exclama Samuel y a su vez pregunta: “Maestra, ¿Dylan puede comer?”. Esto indica que ambos niños hacen procesos constructivos de acuerdo a lo que están percibiendo en una situación determinada o, en este caso, lo que Dylan acostumbra decir cada vez que alza su brazo para pedir que lo escuchen.

La clase de matemáticas es bastante aburrida para Juan. La maestra lo sabe; por tanto, quiso entretenerlo entregándole diez lápices de colores, todos de diferente tamaño. La

indicación de la maestra fue: “Juan, debes ordenar los lápices”. De acuerdo con sus estructuras cognitivas, Juan establece un orden de pequeño a grande. Debido a su edad (ocho años), la maestra considera que no es de esperar que Juan *ordene los lápices de color* por clasificación (primarios, secundarios, terciarios). Pero, en tanto ordene los lápices, Juan habrá hecho representaciones mentales.

La maestra encargada del curso Preescolar A relata experiencias significativas dentro del aula que han dejado huella en su práctica docente, como el siguiente caso: un lunes, la maestra planea una actividad para comenzar la semana. Consiste pues en que, de manera individual, los niños formen una figura, la que quieran, usando tres pitillos. Andrea es una estudiante de ocho años a la que, debido a su discapacidad, le cuesta realizar procesos de la misma manera y velocidad que el resto de sus compañeros. En esta actividad Andrea tiene evidentemente una idea, pero al parecer elige un proceso muy complejo para materializarla. Por tal razón, uno de sus compañeros se acerca a ella y con permiso de la maestra interviene en su actividad: “Andrea, quizá si lo que quieres es un castillo en forma de triángulo, deberías pensar en levantar los pitillos de la mesa para que parezca alto”. Sin embargo, la maestra retroalimenta la actividad y les enseña a los niños otras posibles figuras haciendo uso de los mismos tres pitillos.

Una de las actividades preferidas por los niños, dice la maestra, es *expresar con el punzón*. Consiste pues en que cada niño recibe un punzón y expresa lo que quiera en una plantilla adecuada para ello. A veces, la profesora hace dibujos de muestra en el tablero para que los niños, a través de la técnica del punzón, que implica dibujar con puntos, lo hagan. Samuel, ese chico de seis años con habilidades para vencer en el juego *pin the tail on the donkey*, es un niño muy atento y observador. Después de unos diez minutos de iniciada la actividad, Samuel escucha a su compañera gritar y corre a mirar qué ocurre. En ese momento, la profesora había salido del aula y los niños estaban solos.

“¡Dios mío, Dylan!” “¿Cómo pudiste hacer algo así?” “¡Le has enterrado a Andrea el punzón en uno de sus ojos!” Inmediatamente, Samuel se dirige al botiquín del salón y saca un algodón, le echa agua y poco a poco deja que caigan gotas en el ojo casi apagado de Andrea. Al principio fue difícil, pero en cuestión de minutos Andrea sintió un gran alivio. Cuando llegó la maestra, Samuel le explicó lo sucedido y contó además que pudo ayudar a su compañera mediante una *técnica* para aliviar ese tipo de dolor que había visto en televisión y que nunca había llevado a cabo.

En el descanso, la maestra de preescolar lidera una reunión de maestros de inglés. Después de una larga discusión sobre asuntos académicos, los maestros llegan a un consenso: impartir conocimientos de lengua inglesa a los niños de preescolar en relación con las necesidades que el mundo actual les pueda exigir. Efectivamente, al día siguiente los maestros empezaron a impartir temas que se adecuaban a la edad de ellos: saludos, colores, miembros de la familia, animales, lugares, objetos... Todo esto con el propósito de usar la lengua dentro del contexto sociocultural de los niños y que el resultado fuera un aprendizaje significativo.

En la clase de matemáticas, la profesora está preocupada porque no está segura de qué tanto aprendieron sus estudiantes sobre la suma y la resta la clase pasada, que fue interrumpida por una actividad institucional. Así que opta por ponerles un ejercicio y todos los niños evidencian que sí saben hacer las operaciones. Ahora la profesora sabe que ellos son capaces de realizarlas por sí solos y no necesita reforzar más el tema. Además, puede considerar pasar a la enseñanza siguiente del sistema de operaciones lógicas, la multiplicación.

Otra vez, Samuel, el niño de seis años, experto en *pin the tail on the donkey* en clase de lengua, preguntó quién fue Cristóbal Colón. La respuesta de la maestra fue asignar una tarea en la que Samuel interpretara el personaje de Cristóbal Colón en una representación teatral. Al resto de sus compañeros les asignó roles que hacen parte de la historia. La actividad planeada por la maestra involucra un proceso de construcción, interiorización y apropiación de los personajes.

La profesora cuenta que cuando Dylan, el niño autista, comenzó la escuela, su madre debía tomarlo de la mano y orientar su camino hasta el salón correspondiente. Las primeras semanas Dylan estaba completamente desorientado, pero su madre ya sabía el punto exacto del salón y sabía cómo llegar a este sin pérdida alguna. Luego, la mamá le empezó a asociar algunas figuras que había en las paredes y que lo conducirían más fácilmente por el camino correcto, pues así aprendió ella.

Al mes, Dylan ya era capaz de seguir *el camino de las figuras* para encontrar su destino, aunque siguiera cogido de la mano de su madre. Así pasaron dos semanas y las indicaciones de su madre fueron suficientes para que el niño se orientara. Al cabo de una semana más, la madre pudo despedirse de Dylan desde la entrada de la institución y verlo caminar solo hasta la puerta de su salón de clase.

Un día, el coordinador llama a la profesora a su oficina y le pide que le muestre un cuaderno de artística de un niño, al azar. El coordinador ve que los niños no saben colorear e incluso que la maestra les ha puesto buena nota en actividades como dibujos que involucran el acto de pintar y no están pintados. La profesora explica que eso no es lo más importante de aprender y el coordinador inmediatamente la amenaza con un grito. Le advierte que en dos o tres días, sin avisar, él estará haciendo una nueva revisión, y si ella no enseña a los niños a colorear, será despedida.

La profesora se dirige cabizbaja al salón y empieza su clase de artística. Les enseña a los niños las diferentes mezclas de color, algunas técnicas para que el trabajo se vea “bonito”, y les promete entregar un dulce cuando todos hayan terminado de pintar. Se dirige a cada uno de los puestos y va orientando ese proceso. Ella no quiere enseñar a pintar, ella quiere que el coordinador sepa que lo hizo. Y los niños, por su parte, se entusiasman para terminar la actividad y recibir su recompensa, el dulce.

Puedo decir que mi estadía de un mes en esa institución enriqueció mi práctica como maestro de niños. Ahora puedo decir que los conozco mejor y sé atender a sus necesidades. A propósito, idebería montar mi propia escuela!